

Alberto Juárez Vivas

**Poema en cruz y
prosemas de
*Consummatum est***



Colección: Poesía

Poema en cruz y prosemas de *Consummatum est*

Alberto Juárez Vivas

Contenido:

- Poema en cruz

Poemas de *Consummatum est* –poemas en prosa–:

- Ahí van los féretros encendidos
- No solo era un anciano
- Esta mañana me despertó con su plomo
- Consummatum est
- Los dos cargamos una sola muerte
- Enciendo la radio y un torbellino de incertidumbre
- Llega un momento que de tanto disparo
- Después de todo soy uno más
- He descendido a la monotonía
- Un paisaje en estado de sitio
- Hoy cayó un muchacho con la cara al Sol
- Palas mecánicas
- Belleza atrincherada
- Me niego a morir
- Multiplicación del vástago
- El dolor camina cabizbajo
- Día del padre
- Los azules armados

Poema en cruz

Dieciocho veces se apagó el sol ese día aciago,
el cantor quebró su voz y los pedazos se enrojecieron.
Pedazos jóvenes como el capullo,
sus manos en un rebelde crecimiento
en cada esquina llena de humo y fuego.
La tarde no pudo levantar su pañuelo, ni la procesión
de la virgen de Mercedes pudo evitar los muertos.

Pero fue.

Quedó colgando en los árboles del parque
el último suspiro de un estudiante muerto,
diecinueve años derribados en el suelo
por la inconsciencia, la locura y los proyectiles de un
enfermo.

Y el resto de hermanos
de la mano de sus restos calcinados,
corriendo por las calles,
exigiendo con palabra de furia,
con sentimiento y desconcierto,
adoquín, palo y dignidad.

Tan solo eso fue suficiente
para la juventud que grita y llora
en la entrada del cementerio.

Jóvenes ingenieros.
Jóvenes médicos.
Jóvenes juristas.
Jóvenes inquietos.
Jóvenes arquitectos.

Jóvenes que cubren las plazas y las calles
como una alfombra de silencio.
Jóvenes del siglo XXI

heridos, soñadores, trovadores.
Jóvenes de secretos,
jóvenes que al final del día, cansados,
conquistán los cercos.

Dieciocho veces seguirá apagándose el sol cada día,
como un canto abribeño que se estrella en el cielo.
Jóvenes en multitud con canto azul y blanco;
jóvenes que cayeron en los meses húmedos
con la mochila aún llena de cuadernos;
jóvenes que resucitan en cada esquina,
donde la injusticia exige su silencio.

No son ellos los que muerden,
como aquéllos que surgen de las sombras,
los verdugos, nacidos en el infierno.

Los jóvenes azul y blanco
pintada llevan en sus frentes la esperanza.
Y aunque estos versos no resuciten a los muertos,
a los que duermen donde comienza el viento,
vibra en sus venas la ruta de sus sueños.

Sueños que tenebrosos quieren mutilar
en la impotencia de una madre que llora,
reza, implora, resucite su hijo asesinado.

En estos jóvenes azul y blanco
irradian el frescor de un futuro en libertad,
con la paz de la vida, no la de los sepulcros.

El día esperado se hizo,
también la realidad de paloma
y la melodía inundó aquella tarde abribeña,
donde con sus mochilas llenas de cuadernos,
cayeron las palomas azul y blanco.

24 mayo 2018.

Nota editorial:

Los poemas que continúan, integran el libro *Consummatum est –poemas en prosa–, que ACIC ha venido publicando en su portal Web en distintos momentos).*

Ahí van los féretros encendidos

Ahí van los féretros encendidos que estrenó abril para el mundo. La juventud desarrolló su pañuelo y escarbó los sueños. Multitud de mochilas azules llenas de cuadernos y esperanzas. Las noches suenan sus cascabeles para alertar a la luna, hay fantasmas que muerden, pisotean y matan con olor a pólvora.

Veo en los chavalos mi antigua juventud, esa fuerza que repele el maleficio, una mano alzada redime dolores y esparce la migraña de la muerte. Abril encapuchado salta de pecho en pecho a lo ancho de las calles.

¡Oh, primavera! No has descansado un minuto cuando otro cuerpo desnudo llega a tus flores abiertas. Guadaña, ¡detén tu ira y revélate a la mano que te empuja!

Silencio. De pronto se abren las razones y llega mayo a recoger despojos abriños. Llegó sigiloso, sin deseos de acercarse, se sentó en las bancas de los parques dolorosos a observar una plaza sin palomas. La decepción fue tanta que se hundió en la sangre, navegó en la balsa del recuerdo y ya no pudo con el dolor instalado en las esquinas. Las mariposas vuelan en luto hasta el cementerio, donde crece la semilla de los jóvenes guerreros. Un lanzamortero azul y blanco explota su ira en el color mortecino.

Desde abril llega el eco de una multitud que mayo se traga de un solo mortero. Allí van los féretros encendidos, el dolor más cercano entre abril y mayo.

No solo era un anciano

Ese día de nervios y de pancartas no solo era un anciano derribado en la calle de arboles. Era la erupción del cerro negro, un terremoto de 7.5 en la escala de Richter, el hambre herida de los hombres, el grito de Juan Lamas extendido hasta aquí.

A una sola voz, la muchedumbre exige el ¡Basta ya! Las alambradas y los adoquines de la calle resucitaron. La misma calle que soportó el peso del hermano viejo, convertida en trinchera, el secreto rumor de la lucha.

Fue diferente la luz del Sol. La paz se convirtió en piedra y el aire en pólvora que explotó. Una nueva juventud enfrentó el odio y el disparo, hizo del miedo fogata para contener el acecho de la bestia. La muerte. Madres de muertos.

Un joven acomoda en el hombre su arma artesanal. Otro prende la mecha del mortero. En la calle solitario hubo explosión. Y el joven que llevo adentro dice que lo vivió: adoquín, piedra, latido, disparos, sueños apagados... Dejavú.

Ya no soy el mismo de ayer. Hoy sigo la ruta de la piedra y la consigna maternal, con los chavalos valientes en cada calle, en cada esquina, en cada herida.

Esta mañana me despertó con su plomo

Esta mañana me despertó con su plomo, con su frente abierta como un abismo, con su memoria fría y firme como una trinchera.

El día quedó inmóvil en la calle del barrio, protegido por los adoquines que se colocaron en una vertical. Las madres cocinan sopa en un perol de hierro en mitad de la calle, cortan con su alma triste las verduras para la sustancia insurrecta, la que beberán los jóvenes hijos de la barricada.

De boca en boca crece la esperanza de un mañana sin mordaza ni luto. Un sorbo por los desaparecidos en la madrugada, por los que se llevaron al calabozo. Una anciana reparte café a los muchachos, para que estén despiertos por si se acerca la pelona con su metralla.

Los jóvenes fieles a la noche y a la patria se multiplican y chispean como brasas. Crecen como el madroño en las plazas.

Consummatum est

Hoy he vuelto a morir frente al espejo, destruyendo la hoja blanca donde escribiría mi historia. Lo hice después de mirar la casa en llamaradas y escuchar los gritos de niños adentro.

Se me partió el alma, me hundí en el silencio. Fueron dos ángeles en sus sueños. Lágrimas impotentes de bomberos que lucharon por la resucitación; se mordieron los labios contra el viento. El fuego lo consumió todo. La pena de la gente quedó desnuda.

En los rostros el horror petrificado y en las miradas,
el vacío.

Consummatum est parece leerse en las paredes quemadas y en el humo que se le eleva. La vida de los ángeles se va, carbonizada. Con las manos enterradas en la cara, gritan con llanto las mujeres, para no ver la tragedia.

Consummatum est, se escucha de nuevo la voz de Cristo en el calvario muriendo en la cruz en llamas.

Consummatum est en el barrio de las lágrimas, donde dos niños fueron abrazados por el fuego de alimañas y bestias.

Tú sabes, Señor, quién lanzó la brasa que lo incendio todo. ¿Dónde te escondes? Las bestias arrebataron a dos criaturas de sus sueños.

Los dos cargamos una sola muerte

Qué difícil es llegar hasta ti con el corazón roto, a paso de hormiga en la noche intensa. Siempre llego, tarde o temprano para estar contigo en las barricadas de mi ciudad, cerca de los disparos criminales.

Juntos, a la par de la bandera, con el dolor de todos, con el frío de la madrugada en las esquinas, bajo la luna de abril y el sol de mayo. Eres el aroma de la piedra en estas manos insepultas. En mi grito escondo las ansias de libertad.

Los dos cargamos una sola muerte: la mentira y la ignominia. Por las calles del pueblo vamos de

trinchera en trinchera, hiriendo sombras discursivas del panfleto. Siempre firmes, mi morena revolucionaria, yo admiro tu pañuelo azul y blanco. Y me pierdo en tu belleza subversiva, donde encuentro la paz que disfruto en silencio, cuando explota el mortero, el mismo que nos unió en la barricada,

Enciendo la radio y un torbellino de incertidumbre

Enciendo la radio y un torbellino de incertidumbre colectiva se esparce en la estancia. Aún se siente el olor a carne quemada, el humo de la casa siniestrada llega hasta mi piel y la hierde. Los gritos de terror de los niños enredados en las venas de todo un pueblo. El odio incrustado en las costillas.

Todas las barricadas están iluminadas por velas, que en actitud de duelo permanecen encendidas sobre los adoquines en las esquinas de la ciudad. Cada día pasa como paloma goteando sangre, sobre las calles abiertas y desoladas. La incertidumbre yace de rodillas en las iglesias y los fervorosos creyentes claman por un milagro, mientras llega de última hora la noticia que acelera los latidos, otro joven muere con la cara al sol, con el alma a la luna. Le dispararon cuando terminaba una oración, al decir amén le entró la bala en un ojo y, en ese instante vio venir en fila a sus muertos compañeros.

En los mercados se siente un aire de veneno, de pólvora y muerte, pero aun venden la tristeza del bocado. La canasta básica mantiene su agonía de verduras y legumbres, la moneda en movimiento de ultratumba, la oferta y la demanda se desploma a cada instante, porque el pobre sigue firme a su

destino de hambre y el rico a su cadáver acéfalo, a su costumbre de escopeta.

Este domingo marcha detrás de los últimos ataúdes, rumbo al seol, desvaneciéndose poco a poco, agonizando impasible a la sombra del nuevo día. Mañana, talvez, otro joven muera, cantando como siempre, sin miedo. Quizá, una madre sea sorprendida en pleno acto de amor, retorciendo sus lágrimas en la trinchera.

Llega un momento que de tanto disparo

Llega un momento que de tanto disparo el aire huele a pólvora y, por donde pasa la guadaña, crecen las conciencias como árboles frondosos. Árboles de manos partidas por la piedra; árboles de pechos y de piernas, subversivos; árboles de espalda a la soberbia y al crimen atroz de las vocales.

Las mariposas visten los colores del luto y se desplazan en silencio por los jardines, por las plazas sin palomas y sin sombras.

La oscuridad baja poco a poco su bufanda sobre las calles solitarias, mientras en cada esquina ondean los pañuelos azules y blancos, se mueven al compás de murmullos detrás de las barricadas.

Un disparo perdido en la distancia... y todo comienza. Azufre, tierra y sudor se mezcla en la fogata, que envía su clamor en chispas a la Luna.

La noche envuelve a una ciudad herida. En medio del dolor y el humo de las explosiones, busca algún vestigio de Dios, perdido en la última emboscada.

Después de todo soy uno más

Después de todo soy uno más, que en la incertidumbre encuentra su camino a tientas, imparcial y objetivo. Piedra que se estrella contra la proa de este mundo. Mortal de grito mudo y esperanza cautiva, que emerge con un trozo de pan en la pupila.

Ávidas las bocas que sangran por los ecos de la noche; brazos que se alzan en actitud suplicante detrás de los barrotes, cuerpos calcinados. Alguien muerde su hambre de domingo en las esquinas llenas de alambradas y adoquines, lugar donde brota la consigna con fuego, donde el miedo se transforma en pedernal.

No hay nadie en la plaza central, pero cae la sombra como una piedra y agoniza en la trinchera. El humo se impregna en mi piel, mientras todos al unísono llegan a mi entierro, armados de piedra al hombro. Dispararon libros a los asesinos, mediocres humanos. Un miserable llora su abominable impotencia, por no acabar con el que mata la palabra.

Por eso me sumo a cada muerte. La muerte que en su cordel se verifica. La muerte de abril y mayo, donde creció la sangre como arbusto, donde aún se escucha la voz del maestro vibrando en los sepulcros.

Lázaro, ¡levántate y anda!

He descendido a la monotonía

He descendido a la monotonía para observar a dios alzando su infantil propósito. Medito las madrugadas que pasaron a orillas de mi ombligo, entre santos quebrados en las esquinas sin apellidos. Los ayes muerden la piel hasta sangrarla.

La muerte anda en camionetas doble cabina. Aquí hay una ciudad de dolor e incertidumbre. La voz es gemido, quejido, llanto. En la trinchera, un cuaderno abandonado. Heme aquí, en un despilfarro de pellejos, observando el hundimiento de un barco con su tripulación.

Decido, entonces, morirme sobre una cantera en mitad de la calle, acostado. Y espero otro día de calavera, para seguir buscando el sol.

Un paisaje en estado de sitio

Las calles de la ciudad están vacías, sitiadas por todos los costados. Al norte, la esquina llena de adoquines. Al sur, las barricadas como un símbolo de libertad. Al este, alambradas y adoquines. Y al oeste, más trincheras que protegen a los chavalos que resisten. No los amedrentan los disparos, el frío de la madrugada ni la muerte. Las casas están cerradas, en las puertas cuelgan amuletos contra las desgracias.

Un silencio espeso hiere la quietud. No andan las carretas jaladas por bueyes con la leña para vender. No hay pregones. Avanza la mañana y toma impulso, ciudadanos se asoma y constatan las trincheras custodiadas por jóvenes rebeldes. Las calles están

repletas de vidrios quebrados. El hormiguero se avienta a la gestión del día hasta antes de las doce, a que suene la sirena antes que vuelva el encierro de la ciudad.

Después de la sirena, todos a sus hogares, donde rezan para que no reviente otro mortero y atraiga la cacería. En cualquier rincón de la noche, ¡ya no otro joven muerto! Tras la vuelta de esquina, ¡ya no otro joven muerto! El día se desliza en serpentinadas. En Sutiaba calienta el sol y el hormiguero se sofoca. En Guadalupe aguardan la hora de los murciélagos. San Felipe va de espanto en espanto y detrás de sus murallas, pañuelos blancos. La Ermita activa su sombra. El Coyolar aguarda la próxima arremetida. El Calvario se prepara para repeler a quien vomita fuego.

Unidad del dolor. Donde la tierra cubre sus muertos hay una alcantarilla. La metralla asesina, el hedor nauseabundo.

Después de la sirena, la ciudad es un desierto. Las iglesias suenan sus campanas en señal de alerta. Ya no hay palomas que espanten los niños en la plaza de la catedral. Se han marchado, o se esconden en los campanarios. En la desolación, solo las estatuas están en pie; los atlantes miran a los dos leones, buscando la esperanza tras cada destello.

Hoy cayó un muchacho con la cara al Sol

Hoy cayó otro muchacho con la cara al sol, cazado en pleno romance con la patria. Se defendió disparando auroras a los antimotines, disparando su coraje, golpeando fuerte con su palabra hasta matarlos de

espanto. En la esquina otro joven lo esperaba, tomado de la mano de la muerte. Lo habían secuestrado cuando cantaba al viento su dolor juvenil, y al final, no supo cómo, pero ahí estaba frente a la vida con el alma, con la onda y la piedra.

Hasta cuándo renunciar a esta muerte prostituida por el plomo, a este letargo del luto. Mañana se espera otra masacre, lo saben todos los chavalos, y, sin embargo, no abandonan su rutina en las esquinas, porque hace tiempo mataron el miedo con las lágrimas de las madres en duelo.

Palas mecánicas

Las palas mecánicas me despertaron esta madrugada. El ruido infernal regresaba desde un pasado también dictatorial. Eran transformes custodiados por guardias infundiendo terror. A través de los agujeros de las puertas, los ojos humanos, pendientes de los metálicos intrusos que removían barricadas solitarias.

Muy dentro de los adoquines se escondía la voz del pueblo. Los chavalos desaparecieron y solo quedaron ellos, operadores y custodios de las bestias metálicas cundiendo el pánico en su operación limpieza.

Dinámica de la noche: quitar y poner. Las balas quitan la esperanza y los pechos juveniles la ponen de nuevo. El pan de cada día y noche: la zozobra.

En mi barrio están intactas las barricadas, y silenciosas. A lo lejos se escucha el rugir de los transformes en otros barrios. Van tumbando barricadas, demostraciones de la decisión popular.

De pronto, un mortero. Brinca la anciana de la mano de su nieto. Vuelve el repique insistente de las campanas, la guadaña está destrozando cabezas jóvenes.

Belleza atrincherada

Quiero la paz que emerge de tu cintillo azul y blanco. Muchacha bien armada con lanzamorteros, belleza atrincherada con su rostro al Sol, comulgando bajo las balas que le silban.

Dama de media luna, aguerrida y bella, dispuesta a llegar al otro lado del túnel. Quiero verte y morirme en tus sueños, hasta alcanzar la eterna juventud de tus cuadernos, la mágica ilusión de tu bandera.

Me niego a morir

Me niego a morir si no tengo la decadencia de la piedra y la sonrisa de los niños. No puedo huir hacia la misma encrucijada, donde todo es sombra y sepulcro. Voy a viajar sobre la piedra que se estrelle en la frente del verdugo.

Moriré en paz cuando en las esquinas, los árboles sean la trinchera de los hijos; cuando la plaza llena de palomas sea el placer de los abuelos; cuando el que muera sea por un designio divino y no víctima de torpedos.

Solo así, con una fe descalza y la costumbre de morder mi propio juramento, podré partir sobre las olas de los sueños. Pero me niego, repito, me niego a

morir si no tengo una tumba como la de los jóvenes guerreros, con la hierba de sus días, adornada de arbustos encendidos y regada por lágrimas de mis hermanos muertos.

Multiplicación del vástago

Mi hijo se multiplicó y se convirtió en marea de chavalos. Ahora tengo un hijo en cada esquina, un hijo que ha perdido el miedo y nada a contracorriente del luto. De pecho huye hacia la calle, hacia las zanjas y se enfrenta al abismo.

Ahora soy más compañero de mi hijo.

Niños del fósforo. Niños consumados por la consigna, mitad dolor, mitad sentido. Carne viva en pos de un pan que no se queme en el horno. Cemento y venas en el recorrido urgente de la piedra.

Los ecos engendran conciencias de partida y retorno; la paz se endurece en las trincheras de los primogénitos del siglo XXI. Mi hijo se multiplicó, está hecho multitud en marcha, ondeando Cosmos en carne viva.

El dolor camina cabizbajo

El dolor camina cabizbajo y la multitud se desploma en tierra. A mordisco paren luto.

Llega gateando la noche y agoniza la sombra. La juventud arde y Dios huye a los montes, corre al encuentro de la cuchilla con la pena vencida.

Quiero quebrar los adjetivos, robar a la muerte su cayado. La vida se apagaba a plomo y se oscurece la pupila. Mi ciudad se puso roja por la sangre de las esquinas, el lugar donde muere calcinada la mentira. Toco estas líneas y me muerdo el codo, me sujeto fuerte a los espantos azules, a la orden que desde arriba nos entierra. Trinchera de carne y hueso. ¡Aleluya!

Las almas no se amedrentan por la causa justa. El odio camina solapado y, en un rincón del muro interpuesto, un hombre perdido entre sus venas. Lo abrazo y lo bendigo.

Día del padre

Modesto está solitario y murmura al viento sosteniéndose la quijada. Del alma se le desprende una lágrima. Es el día del padre y no habrá abrazo del hijo, porque se fue en la madrugada, dijeron que lo emboscaron en el horizonte.

Modesto no puede meditar, solo espera palabras que le anuncien la partida del hijo, el cierre de sus ojos por la bandera. Lo ve en las esquinas multiplicado, enérgico; lo ve entre otros tantos hijos, quizás hambrientos o con frío, luchando en los tranques por la paz de sus domingos alegres.

Pero ya no está con él. Se marchó en una burbuja. Ahora está solo y triste, viendo al espejo de medio lado, y recuerda el lunar en su barbilla, como el suyo.

Cuando camina por las calles, cuenta los adoquines de barricadas. No saluda. Lo invade el dolor por el

primogénito, cabizbajo. De pronto ilusiona y lo ve entre jóvenes. Lo ve, lo ve... y lo abraza... Suena el mortero y despierta. Seca su sudor con un pañuelo la sangre del hijo, caído en la trinchera del horizonte.

Los azules armados

Todo estuvo en calma hasta las tres de la tarde, cuando aparecieron los azules armados. Se apostaron para esperar a la presa y disparar a quemarropa. Rodeado por los cuatro costados, no hubo miedo que vencer. Avancé sin que nada importara, cargado de silencio y con una linterna. La mirada vaga.

La gente estaba oculta en una realidad sin nombre, transfiriendo su pasado a presente incierto. Los tranques están solitarios, no hay gritos ni pancartas, solo la sombra de un gato blanco sobre el pavimento. Y de poquito, comenzaron a salir de las casas, y se sentaron en las aceras, para observar el marasmo de los intrusos.

Sí, los intrusos que no sabían sostener sus miradas, escondiéndose bajo boinas y pasamontañas, abrazando sus fusiles.

En el trayecto, mi sombra pisó sus botas; sentí el olor metálico de sus formas. Pólvora, azufre, veneno.